

Semblanza de un maestro: Rafael Castejón y Martínez de Arizala

* * *

Por Ildefonso **MONTERO AGÜERA**

Hace veinte años que don Rafael Castejón fue jubilado como catedrático de enfermedades infecciosas en la facultad de veterinaria de Córdoba. Considero un buen momento este homenaje, al cumplir sus noventa años, para examinar su actividad como profesor.

A través de los años don Rafael hizo un esfuerzo para hacer accesible a todos los alumnos y compañeros el espíritu veterinario. En este momento queremos precisar los rasgos característicos de su orientación pedagógica a través de sus explicaciones científicas o investigativas y clases orales, pero sobre todo, de nuestra experiencia personal como alumno primero y veterinario después.

Don Rafael sabía muy bien la importancia que entraña la función encomendada al profesor. Función que no limitaba a *instruir*, sino que hacía *formativa* en el más amplio sentido de la palabra. El fue un artista de la civilización y el progreso. Presidió la formación de las generaciones, al formar las nuevas, las futuras, y cooperó con ello al bienestar profesional.

CUALIDADES DE BUEN PROFESOR

En don Rafael se reúnen inteligencia con deontología profesional. Posee saber, método, claridad y vivacidad en la exposición, es enérgico, gran amante de su profesión, muy apegado a su trabajo, al mismo tiempo que muy afectuoso con sus alumnos y compañeros. Sabía mucho más de lo que enseñaba, conocía periodismo, política, zootecnia, árabe, arqueología, medicina, y todo lo enseñaba con inteligencia y con gusto.

CUALIDADES FISICAS

Don Rafael tenía una gran capacidad de resistencia y un desgaste de energía a prueba de bomba, constante tensión de la atención y de la imagi-

nación que le permitía mantener a la vez la disciplina de la clase y el interés de los alumnos. Resultaba de ello un desgaste nervioso que los profanos ni siquiera sospechan. Sus pulmones y bronquios siempre estuvieron en buen estado, el sistema nervioso a toda prueba, una voz infatigable, una vista aguda y un oído fino. La salud corporal le fue totalmente indispensable para asegurar la igualdad de humor y el dominio de sí mismo, la firmeza de carácter y la claridad del espíritu.

Cuidó siempre la presentación exterior por considerarla factor decisivo para la conquista del prestigio.

CUALIDADES DEONTOLOGICAS

La *modestia* figura en primer término de sus cualidades. De conversación sencilla y natural sin menosprecio a las personas con quien hablaba, por incultas que fueran. A todos los oía con atención y deferencia, sin desdenar sus consejos y observaciones. Conseguía así ejercer una influencia más grande sobre las ideas de los demás al hablarles modestamente.

Consideraba que no estaba reñida la modestia con la *dignidad*, a la que se hallan obligados todos los profesores, así por ellos mismos como por el cargo que ejercen y la clase a que pertenecen. En todo aparecía digno, teniendo el valor sus convicciones y no tolerando ningún género de humillaciones. Al efecto procedía con *firmeza* en el fondo, y en la forma con *prudencia*, cualidad de que también necesitaba en gran manera para conservar su autoridad y prestigio. Ni en palabras ni en actos se aventuraba mientras no tenía seguridad de poder sostener su conducta y lo que decía, para ello procedía siempre con tino y se revestía de mucha *moderación*. Esta cualidad de la prudencia ha sido importante para el buen éxito de don Rafael en su tierra.

Además de las cualidades anteriores, debemos señalar otra cualidad de don Rafael. Nos referimos a la *tolerancia*, que tanto contribuye a dulcificar el trato, a suavizar las asperezas, a evitar disgustos y rencillas, a unir, en vez de separar, a los hombres, entre sí. El sabía, muy bien, la importancia de poseer esta cualidad, base de lo que se llama el *don de gentes*, para apaciguar los ánimos, apagar la tea de la discordia, a *humanizar* a las gentes infundiendo calma en los espíritus. Como buen profesor no olvidó que su misión era de paz, no de discordia y guerra.

CUALIDADES PEDAGOGICAS

La principal cualidad pedagógica fue su *vocación*, condición primera para el buen desempeño del misterio de formar. De la vocación brotó el *amor a los alumnos y compañeros*, que es otra de las cualidades de un buen profesor, de la que a su vez se apreciaban como originarias de aquella, la *bondad*, la *benevolencia*, la *paciencia*, la *imparcialidad* y el *afecto* en el trato con todos. Se observaba también en don Rafael el *don de la enseñanza* y el de la *disciplina*, adquirida por la vocación misma y en parte por la práctica y el estudio.

El *orden* y la *claridad* formaban en él un modelo de organización y de método. Sabía que se dirigía a inteligencias oscuras en la materia pero les hacía brotar la luz de todas sus expresiones, todas sus frases eran rutilantes de claridad, pero al mismo tiempo era sobrio en la distribución de la materia, poco, pero bien.

Su papel no consistía de ningún modo en verter la ciencia en las cabezas de sus alumnos, como con un embudo, sino en despertar el deseo de conocer y la pasión de la verdad. Nos obligaba a preparar los temas para dar la lección, es decir, los alumnos eran los conferenciantes. Después él nos aclaraba y sintetizaba las ideas. Su conocimiento profundo de la materia le daba vida a su exposición y nos comunicaba el fuego y el amor de su ciencia. No sólo explicaba de libros de texto sino que además de ellos nos enseñaba saberes actuales y problemáticos. Su idea era formar profesionales capaces y hombres cabales.

El representaba menos un depósito de ciencia que una fuente rebosante de vida y sol, que llevaba a sus alumnos luz, cultura e inspiración. Tenía una curiosidad siempre despierta a todos los problemas humanos y profesionales, que le permitía infundir vida y dar realismo a las enseñanzas, pues el culto de las ideas generales, le era necesario para comprender la vida y para interpretar el influjo siempre nuevo de los acontecimientos y de los hechos cotidianos. Leía las buenas revistas que tenía a su disposición, semana tras semana, para guardar vivaces los sentimientos por lo bello, lo verdadero y el bien. Leía don Rafael, sobre todo, en las horas en que le asaltaba el desaliento.

La *intuición psicológica* le hacía tratarnos de manera diferente a unos de otros. Los dones innatos, reforzados por el amor a los alumnos y el sentido de su misión le permitía ponerse en el lugar de los demás, comprender lo que cada alumno tenía de original, percibía, como por instinto, el camino que debía seguir para ganarse rápidamente la confianza del alumno. Este *discernimiento* le permitía dar a cada alumno o compañero su trato, teniendo en cuenta las diferencias de carácter, de facultades, de capacidades y de esfuerzos.

A estas cualidades, de gran valor pedagógico y que le facilitaban en el ejercicio adecuado de su profesión, hemos de añadir, el *amor al estudio*, la *firmeza de carácter*, la *exactitud* y el *celo* en el desempeño de su función.

CUALIDADES DE INVESTIGADOR

La consideración de la cátedra tradicional, hacía que se hallara indotada para moverse satisfactoriamente en el doble nivel didáctico. La enseñanza y la investigación. Por ello don Rafael impulsó su laboratorio particular, que denominó Instituto Castejón, y terminó la carrera de medicina. Fue el primero en Córdoba que hizo serodiagnósticos clínicos, como reacción de Wasserman, aglutinaciones para detectar tifoideas o brucelosis, etc. También por primera vez en España preparó las vacunas carbuncosas tipo pasteuriano. Aparte de las vacunas y bacterinas corrientes, trabajó mucho en peste

porcina clásica, contra la que llegó a preparar una vacuna sensibilizada. Cuando en la guerra civil los laboratorios americanos dejaron de enviar sus productos a España, el Instituto Castejón preparó suero contra la peste porcina, vacuna contra el mal rojo y aquellas famosas agresinas contra la pastereiosis ovina. Todas resultaron de gran utilidad y eficacia para la salvaguarda de la cabaña andaluza. En aquel instituto colaboraban los profesores Martín Ribes, Villegas Laguna y García-Escribano, de grato recuerdo.

VOLUNTAD Y CAPACIDAD DE COLABORACION

Insistía, a menudo don Rafael, sobre la necesidad de la unión y de la unidad de la acción. Es preciso, decía, «que todos obremos de común acuerdo».

Tenía confianza absoluta con el decano, los profesores, y los compañeros, porque él sabía que de esta manera, la eficacia de las dos acciones se sumaban, en lugar de destruirse recíprocamente.

Don Rafael se esforzaba tanto en la colaboración que se parecía mucho a aquellos escultores de la Edad Media, que colaboraban todos en la edificación de una hermosa catedral, más preocupados por la armonía del conjunto que de su propia gloria personal.

Esta fecunda colaboración entre los profesores y compañeros estaba presidida por la sencillez, la lealtad, el espíritu de solidaridad y una reacción en bloque contra toda calumnia.

Esta colaboración ha sido observada en todas sus actividades profesionales, colegiales, académicas, etc.

Con todo este bagaje de cualidades don Rafael se ha ganado con creces el calificativo de *maestro*. *Magister* o sinónimo de *magnus* (magno), pues estas dos voces tienen su raíz en el sánscrito *mag*, grande. Que para nosotros define la mayor dignidad, la plenitud de la dignidad. Porque él fue el jefe del laboratorio en el que se preparaba la fortuna, la ilustración y el progreso. Fue el que introdujo al hombre en el santuario de las ciencias. Es la brújula que guía con seguridad por el insondable océano del saber; es el égido que defiende contra las incursiones del oscurantismo y de la barbarie; es la antorcha que con sus resplandores alumbra el mundo entero.

Este es don Rafael, el sencillo filósofo que forma a los sabios, la eterna víctima de la ingratitud, el hombre que imita al sándalo que cuando se tala perfuma el hacha que corta.